

Ellos vinieron a este país

(Viene de última pág.)

te, esa estructura tersa que remeda la perfección y la inmortalidad. Pero cuán difícil sostenerlo sin dioses! Mr. Kraux sabía que la muerte hace estragos incluso en el más sostenido afán de la belleza, y Díaz toca de pronto este final desconsuelo: "¿Lloraba yo entonces realmente dioses perdidos? No. Todavía no. Fue después que aprendí que siempre hay dioses muertos que esperan de nosotros la historia imaginaria de sus encarnaciones sucesivas. Lo que ahora recuerdo como un ardor desolado, aquella búsqueda de nada mientras andaba rodeado por una nube de recuerdos y de mitos, era un andar sin dioses. Era una espera que no sabía de sí misma. Nada había alterado todavía el pórtico severo, y en el fondo de la gruta, la Sibila dormía". Aún duerme, aún espera al que se presente con la rama de oro.

Díaz remontó la corriente a través de la sangre familiar, volvió al inmigrante, y luego a su tierra y a su mundo y luego al pasado de todos ellos y por fin al arte, y entonces descubrió que él se sostiene sobre un trasfondo que es la muerte, a la manera de una malla que deja resquicios para mirar más allá. Y así construyó su propia obra y su belleza simple, su cauto lirismo, constituye un producto enteramente extraño en nuestras letras y enteramente verdadero.

QUIERO volver al libro de Maggi, al sonido, más chirriante, de ese sólo de bandoneón que él toca. Ahora ya no mira hacia atrás, ahora se ha hecho ciudadano, a la fuerza y a los golpes, del mismo modo que uno se hace hombre, y ha asumido la responsabilidad nuevécita que le toca, con entereza. El se enfrenta al "gran reloj que es un país recién empezado", frase donde no sólo se percibe aquellos inmigrantes para quienes todo comienza con ellos, sino también la participación furiosa en el contorno donde se vive. No es raro que su humor se haya hecho más ácido, y que se ponga frecuentemente a la sombra de Quevedo; no es raro que el registro ligero, tierno, inventivo, sufra bruscas alteraciones y relampaguee un tono apocalíptico; no es raro que abuse de las citas y transcripciones y se aferre a la enseñanza de quienes han estudiado seriamente los problemas del mundo, en vez de confiarse a la mera naturaleza; no es raro que repase la acción de los hombres que en una u otra dis-

ciplina han contribuido a tratar de arrancar la carreta del pantano; no es raro, en fin, que el bandoneón chirrie de modo siniestro.

Ha tomado pie en esta realidad y no puede soportarla. En una colección de artículos, muchos ocasionales, sería vano pedir una ideología coherente, si es que acaso Maggi la tiene, y retrospectivamente puede adelantar unas cuantas discrepancias con su anterior El Uruguay y su gente (no voy a explicarlas, habría que escribir un libro de igual porte), y además es casi pueril debatir desde el plano de la crítica con quien maneja — y pocos o ninguno como él — el humorismo, pues son órdenes que casi no se rozan. Sólo puedo entonces decir qué me gusta de esta serie donde se hace la anatomía de la cabeza de un derechista, se revisa la prensa grande, se busca la explotación de la gauchada y por allí la del uruguayo medio, se diagnostica al empleado público y a los gorilas latinoamericanos; es la Libertad operacional, su modo de partir intuitivamente del inconformismo ante la realidad — aquí el paraíso ha girado y se proyecta oscuramente en el futuro — y trabajar empíricamente, tal como hicieron los médicos que descubrieron la medicina. Por todos lados se le cueca la magia, sin duda, de pronto le fallan los soportes, pero también con mucha frecuencia rasga la piel rosada, edulcorada, y encuentra el lugar donde el cáncer está latente.

No soy tanguero, pero este es un lindo tango, o, al menos, está en mi juego, porque cuando con su empuinado afán murguista Maggi canta "Yo tuve sí, yo tenía, / tenía y hoy lo perdí, / Perdí lo que más quería, / lo que era yo para mí", sé que se me ha quedado desamparado, que lo han echado del paraíso lejano (Lejanía infancia, paraíso, cielo), que lo han metido en la edad adulta, en esa en que "de un solo tirón la muerte se lleva el mundo", y que ha aprendido que él y mundo son la misma cosa, que se los van a llevar a los dos juntos, pero no sin que lleve denodadamente. Y este ciudadano uruguayo quiere que para ese entonces el mundo se haya hecho a su medida, como se hacen los ataúdes, para salir de él con la conciencia tranquila. En algún lado decía Giono: "Fais ton chemin de la largeur de tes épaules"; este uruguayo las tiene anchas; puede abrir un buen camino, ya no hacia atrás, hacia aquellos que vinieron un día, sino hacia adelante, hacia los que nos sucedan.